

Victormanías

¿Por qué la gente es más simpática por teléfono?

(RELATO CORTO)

Que decepción se llevó la pobre Lulú cuando desenmascaró a su amado Nervo. No sabía con certeza cuando había sido la primera vez que su voz le había susurrado al oído incofesables tentaciones. Acaso ya cuando era una preadolescente la voz de Nervo se le había colado inconscientemente desde algún lejano aparato de radio, mucho antes de que, él mismo y el golpeteo de la lluvia invernal, le hubiesen distraído de incubar temarios del Instituto. No hubo una primera noche definida. Ocurrió como una revelación. De pronto, en un momento dado que ni siquiera pudo retener para su diario, se dio cuenta de que Nervo, el Arcángel de las Noches de Insomnio, le había hablado directamente a ella desde HAVANA 3 AM, emisora de la costa.

Al pasear, al día siguiente, bajo la lluvia tropical de LA HABANA, a ritmo de congas lejanas y sudores en camisetas de torsos negros, comprendió que en su escuela pública Evaristo Nervo no existía. Había, por fin, comprendido un tema de THE ROLLING STONES y, escandalizada, había tenido que volver a su Historia de la Revolución.

Que desmerecimiento le produjeron aquellas calles sudorosas con olor a tabaco y bananas con arroz. La pobre Lulú había descubierto la noche anterior que era una mujer, y aunque no lo pensa-

ba in situ, sus ansias la harían volver, noche tras noche, inexorablemente a HAVANA 3 AM emisora libre de la costa.

Por primera vez se fijó bajo, la calima que entraba por la ventana de su aula en el Liceo Máximo Gorki, en aquel muchacho, Fidel Jesús, de robar el tiempo a su oscuro taller para dejar la negra grasa sobre las páginas de contabilidad. Había en sus ojos una sombra profunda que chisporreaba de misterio en su negrura. Su camiseta de tirantes casi empapada y su pelo algo grasiento proporcionaban virilidad, y su piel bronceada enmascaraba de hombre sus dieciséis años. Las referencias no eran buenas. Fidel Jesús eran pendenciero, peleaba con sus chamos por cualquier cosa. Continuamente ponía a prueba su poder directa o indirectamente. Se le podía ver jaleando a los gallos en las peleas, esbozando una sonrisa con crueldad malsana cuando su espolón favorito hacía correr la sangre. Pero también se le podía ver en la playa borracho de sufrimiento. Otras veces hacía una cuestión personal de una simple tuerca, y se le podía intuir llorando de rabia mientras sus manos absortas recolocaban una grasienta cadena en una moto. No se le conocía compañera. Sus camaraderías eran de taberna, apuestas, y noches de rumba, pero la pobre Lulú quedó enganchado con sus

movimientos de caderas junto a una fogata.

Y aquella noche, Evaristo Nervo, le habló directamente. Mientras se anunciaba una Coca Cola y se oía un disco de BOMB THE BASS, algo se había fraguado en las redes del Destino para ella, porque la siguiente voz telefónica que oyó le fue fácilmente reconocible, aún no habiéndola escuchado con anterioridad con definición: era Fidel Jesús hablando de Pedro Almodóvar. Había visto "la ley del deseo" y hablaba inusualmente de la Soledad con mayúsculas, de la prisión de Amor, del deseo cuerpo a cuerpo, y se preguntaba por qué en todo tenía que haber un vencedor. Y Evaristo Nervo le había insinuado que en las sombras de los días laborables había pasajeros casi anodinos que estaban a nuestro lado, y que no buscaban luchar, sino encontrar. Encontrarse menos desamparados bajo las lluvias de La Habana ex-colonial. El locutor que susurraba pecados aconsejó a Fidel Jesús que reparara en los más insignificante de todo cuanto le rodeaba, como aquella niña flacucha que se sentaba en algún banco de su misma clase... Y desde luego que la pobre Lulú decidió que se haría notar.

Al día siguiente, parecía una mona endomingada. La pobre Lulú jamás había sido una belleza, entre otras cosas, porque no había repa-

do en su condición de mujer en ciernes. En el mercado, en la Plaza, en su casa, todo el mundo la veía niña, pero algún cortador de caña había que la había ladrado al pasar. El régimen de Fidel no veía bien a una niña de su edad tan pintorreada, pero ella se decidió a ser rebelde una vez. No le importaba la política, había decidido rebelarse a la pasión que por primera vez había sentido: había descubierto otro ser solo en su misma aula, y se había propuesto una salvación mutua, sin tener que luchar. Sin dominios. Con contemplaciones.

Y vaya que se fijó. La pobre Lulú no sabía muy bien cómo lo había logrado, pero a sus indicaciones casi lascivas, Fidel Jesús la siguió. Y lo que siguió fue cosa de dos. La pobre Lulú descubrió el sexo, pero no obtuvo una sola palabra de aquellas tan lindas que su idolatrado mecánico estudiante sollozaba a las tres de la mañana en La Habana. Todo había sido de una mudez total. Ni siquiera tuvo un orgasmo, pero aprendió una lección: la gente por teléfono no es tan sincera como cara a cara. Una pregunta quedó: ¿Por qué se contaban, entonces, esas cosas?